



ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

EL CABALLERO DE LA DESMESURA

Cuando todos los escritores quieren ordenar el cuarto del niño (que es la vida), este elegantísimo, culto y exitoso peruano sesentón, sólo quiere desordenarlo. Dejarlo, ojalá, convertido en un feroz enredo creativo. Sin e-mail, con casi una docena de novelas y otros tantos relatos y cuentos publicados, va por la vida poniendo un pie en Peruggia, otro en París y los dos en Lima. A él lo quiere todo el mundo, a él todo se le perdona. Entonces, veamos por qué.

POR MARIA CRISTINA JURADO

FOTOGRAFÍAS: ALVARO DE LA FUENTE

Cortázar fue mi ventanón de libertad, el que me enseñó a escribir en forma desahogada. Un día en París, tuve un sentimiento tan puro de libertad que es irrepetible: una noche lo vi a él en un acto público, lo escuché. En vez de presentarme "yo soy peruano, etcétera", me fui a mi casa y lo vi, toda la noche. Sentí esa misma sensación que él tenía de escribir como le diera la gana, porque él inventaba. Yo estaba consciente de que había estado escribiendo unas cosas terribles, me empujé a ellas. Cortázar me enseñó a salir de la caja. Fue una revelación y, aunque yo no creo en la magia, pienso que tuvo mucho de magia. Después, escribí un cuento que no se parecía en nada a Cortázar: él me enseñó quien era yo, me abrió la compuerta. Porque las grandes influencias de un escritor no son a quienes tú imitas, sino las que te revelan quien eres tú. Cortázar me sacó de mi trabajo y me puso a escribir con naturalidad hasta el día de hoy. ¿Qué otros escritores me han influido? Pues, todos los de la desmesura, del desorden, los de la digresión, del desorden de la vida. La vida es una cosa loca, desordenada, es como el cuarto de un niño: llega la mamá y lo ve con todos sus juguetes rotos y el niño no sabe por qué llora o por qué no, sólo quiere sus juguetes. Y tú tienes que ordenar esta vida en tu novela. Pero hay ciertos escritores que no queremos ordenar el cuarto. Ciertos escritores que queremos meter ese desorden en nuestro libro; entonces, ahí nace la digresión, el párrafo roto. Ahí está toda la tradición de Cervantes, de Rabelais, de Céline, que son los escritores de la oralidad de la conversación, de contar el cuento de la vida.

Las palabras caen en cascada, se salan sobre el texto imprecable de ficción inglesa, fluyen como agua espumante, en su voz suenan delgadas y cristalinas, pero las hay también espesas y desafiantes.

Hay que dejar hablar a Bryce Echenique.

No se puede encerrar su verbo, imposible atar sus ideas, habría que, en realidad, apagar la grabadora para asistir al espectáculo imponente de sus palabras. Se le perdona todo a Bryce Echenique.

Que llegue 42 minutos atrasados a la cita. Que diga que ya, ahorita no más, bajo, espérame que voy, y que no baje (fíjese, que, muerde de la risa, acompaña la pregunta número cuatro con la segunda cerveza y que hasta espere, sin empacho, que un café cortado es apenas un disimulo nuestro ante el deseo calido de un buen bloody mary). A este peruano sesentón y genial, de anteojos gruesos, corbatas de seda y manos amables se le perdona, al

peruano, más cosas que a otros hombres. Y es que con su colección de novelas, cuentos y relatos escritos durante treinta años con el poder puro y duro de su talento, con ese inglés bueno para reírse no tanto de los demás como con los demás (¿quién no amó a Martín Romero?) se ha ganado una pila de derechos humanos propios, entre los que destaca el de la amistad, el máximo en la vida para él. Amigo de sus amigos, Bryce Echenique colecciona derechos humanos por distintos países: vivió más de 30 años en Europa y ni más que decirlo, sus amigos de Madrid, París, Peruggia y otros lugares se dejarían partir la cara de una bofetada antes que escuchar que algo en la discusión en sus presencias. Los de Lima (volvía hace dos años), igual cosa.

Bryce mira la existencia con un humor ácido, a veces cálido y compasivo, siempre agudo. Logra lo que pocos logran y gan bien que ha convertido esta pequeña novela en su profesión: Bryce se niega a ser el mismo, de sus miedos y dolores, de sus miedos y cansados, de sus lamentos y de sus victorias. Como nadie. Se niega a ser el mismo a cualquier precio, a veces con los ojos humedecidos por el humor y el trágico, otras con candidez e ilusión. Hasta tiene la osadía de encontrarse "muy, pero muy ridículo a veces" y de decirlo. Parece que pasara por la vida sin estrellarse contra las piedras como todos, lo de él más bien es un sobrevolar sus días y noches montado en un cuaderno y un par de lápices, o en un computador y un teléfono, da lo mismo. No conoce el e-mail ni le interesa. "Yo uso el correo de India" y a veces dice cosas que desconciertan: como "yo me llevo fatal con el éxito, no soy nada exitoso". Según muchos los que se preguntarán: ¿entre tanta cascada trónica, cómo fue que a sus memorias las llamó Permiso para vivir (en estos días, prepara el segundo volumen) si este hijo de familia peruana burguesa jamás le ha pedido permiso a nadie ni a nada para hacer todo lo que buena mente ha querido, sobre todo, vivir. Y es que Bryce, nacido en 1939 y con casi una docena de novelas publicadas (un mundo para Julio lo lanzó a la fama internacional en 1970 y la vida exagerada de Martín Romero lo contagio en 1981) y con otros tantos volúmenes de cuentos, relatos y artículos periodísticos, tendría mucho que contarles a sus nietos, si los tuviera. Pero no los tiene, como tampoco hijos y hoy, pasando los 62, no sólo no se arrepiente sino que justifica su decisión: "No habría podido escribir una línea con hijos y me hubiera muerto de desesperación. Yo fui hijo y no fui de lo mejor, yo no hubiera querido por nada del mundo que existiera alguien que se pareciera a mí".

Si lo dice en broma o lo medita en serio, nunca se sabrá.

Así es Alfredo Bryce que ahora trajo a Chile, *John Doe & Friends*. Y así son, probablemente, sus cientos de miles de lectores repartidos por el mundo. Aquellos que, junto a su creador, ven la vida al apa de Martín Romero, de Julio o de Terzani sin sus amigallos.

un acto solitario

Entonces Cortázar lo hizo escribir Con Jimmy en Paracas, su primer relato oral.

Digamos que él me reveló cuál era yo como escritor. Y eso fue un arrebató: me demore el mismo tiempo físico en que me demoraba en escribir doce páginas a máquina. La gente, al leerlo, me decía "está trabajadísimo" y yo sonreía. No tenía ni una sola corrección, estaba escrito de corrido. Fue el primero que me salió. Fue la revelación cortazariana que se encarnó en ese relato. Después empecé a escribir otro sobre las inquietudes de Julio y lo escribí a lo largo de 600 páginas. Una cosa: muy fluida que disfruté enormemente. Llegó el verano en París y todos se fueron de la ciudad menos yo, yo no paraba de escribir.

Por ahí usted fue construyendo su estilo oral, que lo lanzó a la fama. ¿Es difícil escribir así?

No sé, yo no puedo de otra manera. Tienes que producir el lector la ilusión de lo hablado, del cuento de la vida. Cuentas una historia y se tiene que escuchar como una grabación polo que no es una grabación! Yo lo sé porque una vez tuve un accidente, me rompí el brazo y no podía escribir. Dije "vay a grabar". Y grabé y pareció un jesuita en el pulpito, cuando un sermón aburrido, triste y patético. Un jesuita obeso, calvo, sucroso y mal bañado. Y ahí me di cuenta de todo el trabajo que hay en escribir la ilusión del cuento, en la oración. Es un trabajo muy fino de elección de sonidos, de palabras, de ecos, de repeticiones, de palabras baratas para crear la ilusión de una conversación.

¿...de palabras baratas?

Como "también". Puedes decir tres veces "también" en un mismo párrafo. Los norteamericanos tienen una fórmula perfecta: *anyhow* o *anyway*. Uno tendría que decir "como quiera que sea" con o cual arma una carrera de obstáculos en la novela. El trabajo de uno es evitar esa frase, darle naturalidad. A veces es indispensable dualizar el habla. El único elemento mágico de un libro es el lector, tú no sabes quien es cuando estás creando, no sabes si te va a responder o no.

Los que siempre le responden son sus amigos por

El Caballero de la desmesura [entrevista] [artículo] : María Cristina Jurado

Libros y documentos

AUTORÍA

Bryce Echenique, Alfredo, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1900

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Caballero de la desmesura [entrevista] [artículo] : María Cristina Jurado.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile